

sobre Dialéctica, cuestión menos conocida que su aportación a la hermenéutica, pero no por ello de menor interés.

Schleiermacher nunca publicó esta obra, aunque ciertamente pensó en hacerlo. El texto de la introducción a la dialéctica —que escribió en 1833 para su futura publicación— junto con las lecciones que dio sobre esta materia en la universidad de Berlín durante el curso 1814-1815, constituyen el núcleo de la obra. Los editores han dispuesto en páginas paralelas el texto de la dialéctica de 1814-1815 y el de las lecciones sobre el mismo tema que dio en 1822. Tras el texto de estos cursos y el de la introducción a la dialéctica, se recogen también algunas notas escritas entre 1811 y 1818 y la reseña que el autor realizó a las «Lecciones sobre el método de estudios académicos» de Schelling. La edición está muy cuidada, con buenas introducciones y abundantes notas. Precede a esta obra una introducción general, que corre a cargo de Christian Berner y Denis Thouard, autores de la edición francesa.

Schleiermacher concibe la dialéctica como doctrina del saber, que «debe contener los principios del filosofar» (p. 56). Trata así de hacer una empresa similar a la realizada por Fichte en la «Doctrina de la ciencia» o por Hegel en la «Ciencia de la lógica», ambos contemporáneos suyos y colegas en la universidad de Berlín. El autor divide esta tarea en dos partes. La primera —«trascendental»— se ocupa de las condiciones de posibilidad y los límites del saber puro. En la segunda parte —«técnica»— define las reglas de construcción de este saber.

El filósofo y teólogo alemán sigue a Kant cuando considera que Dios es una «idea» de la razón. En las lecciones de 1814 Dios aparece como un límite del pensar, pues representa la idea de totalidad como unidad. Hay otra idea límite

y es la de mundo, en la que se piensa problemáticamente la totalidad como multiplicidad. Al análisis de estas ideas dedica Schleiermacher las últimas páginas de la parte trascendental. La conclusión del autor es que sin la idea de Dios, el mundo permanece contingente, pero sin el mundo Dios no es más que una representación vacía. Esta visión de Dios y el mundo sufre alguna modificación en las lecciones de 1822, donde Dios aparece como «la unidad sin exclusión de todas las oposiciones» y el mundo como «la unidad sin inclusión de todas las oposiciones». No se pueden, por ello, separar uno del otro. Todas estas tesis son un buen reflejo del pensamiento del autor, que no es capaz de sobrepasar de modo claro, a pesar de sus esfuerzos, el ambiente idealista en el que se mueve. Dios aparece como la Totalidad, lo Infinito y, en este contexto, la religión se presenta como sentimiento e intuición de esta Totalidad.

En la «Dialéctica» se recogen algunos principios básicos del pensamiento de Schleiermacher, de manera que cualquier estudioso del mismo deberá tener muy en cuenta esta obra. A pesar de que los editores insisten en la actualidad del pensamiento del romántico alemán, a mi juicio el interés de esta obra es principalmente histórico. En su conjunto, el pensamiento de Schleiermacher presenta muchas carencias, aunque ciertamente siempre hay intuiciones que merecen ser tenidas en cuenta.

Francisco Conesa

Drusilla SCOTT, *Michael Polanyi*, SPCK, London 1996, 215 pp., 15,5 x 23, ISBN: 0-281-05017-1.

Aunque en algunos ámbitos sigue siendo una figura desconocida, no cabe

duda de que Michael Polanyi (1891-1976) ha sido un importante pensador de nuestro siglo. La vocación primera de Polanyi fue la ciencia y sus aportaciones en el campo de la química física suelen ser reconocidas. Sin embargo, a partir de los años cuarenta se fue perfilando su auténtica vocación, que fue la de filósofo de la ciencia. En 1946 publicó unas conferencias sobre «Ciencia, fe y sociedad» y, más tarde, en 1958 verá la luz su gran obra, «Conocimiento personal». En ella se plantea cómo conocemos, e intenta superar tanto el objetivismo como el subjetivismo, proponiendo un tipo de conocimiento personal y participativo. Esta perspectiva abierta, con la que afronta las cuestiones epistemológicas, condujo a que Polanyi mantuviera un diálogo constante con otras formas de conocimiento como el arte, la moral o la religión. Esta es la razón por la que el pensamiento de este filósofo de origen húngaro y que se afincó en Inglaterra, ha llamado la atención de muchos filósofos cristianos y de teólogos como el anglicano Thomas Torrance o el católico Avery Dulles.

Drusilla Scott ofrece en esta obra una exposición clara e inteligible de algunos temas de la filosofía de Polanyi con la pretensión de facilitar al gran público el acceso al pensamiento, en ocasiones muy complejo, de este filósofo. «Lo que he intentado en este libro —dice su autora— es introducir alguna de sus ideas principales del modo más simple que me ha sido posible, con el fin de mostrar su valor y su significado en el mundo actual» (p. VIII). El libro fue publicado por primera vez en 1985 y, tras haberse agotado la anterior edición, ha sido reeditado por otra editorial.

A lo largo de los doce capítulos en los que se divide esta obra, se van tratando de modo sumario los temas principales del pensamiento de Polanyi.

Tras una presentación general del filósofo y sus intereses, se aborda su teoría del conocimiento, insistiendo en lo que Polanyi denominó «conocimiento tácito», y después se expone su visión de la realidad, la sociedad, la política, el problema de la relación alma-cuerpo, la persona, y, finalmente, su concepción del arte y la religión.

Quizás lo más llamativo de Polanyi es su fuerte crítica al cientificismo. Siendo científico por vocación, este autor advirtió inmediatamente los límites de su propio saber y denunció con frecuencia la «tiranía» que algunos científicos ejercen al pretender imponer su método de conocimiento como el único válido. De hecho, el objetivo de su obra principal —«Conocimiento personal»— fue, según explica, «re-equipar a los hombres con la facultades de las que han aprendido a desconfiar tras muchos siglos de pensamiento crítico».

Una de las cuestiones más interesantes de Polanyi es su intento de superar el objetivismo proponiendo una visión personal del conocimiento. En ello juega un importante papel el tema del conocimiento tácito, es decir, aquel conocimiento no expresable objetivamente, que se adquiere mediante prácticas básicas. Según Polanyi, en el fondo de todo nuestro conocimiento se encuentra esta dimensión tácita. La autora expone muy sucintamente esta cuestión en el capítulo cuarto. Quizás hubiera valido la pena que lo hubiera desarrollado más, ya que se trata de una de las principales aportaciones del autor. Por otra parte, este concepto se ha mostrado muy fecundo a la hora de entender el conocimiento estético y también el religioso.

Finalmente, otro tema de gran interés es su visión de la religión, que es expuesta por Scott en el último capítulo. La autora advierte que, aunque la

religiosidad personal de este autor nos es desconocida, su pensamiento contiene continuas reflexiones sobre la religión. Son dos los temas que destacan en esta cuestión: la relación entre fe y razón, a la que dedicó un artículo, y la conexión de la religión con la búsqueda de sentido. Polanyi advierte que una función insustituible de la religión es descubrir el significado del mundo, lo cual no es incompatible con la ciencia, porque religión y ciencia dan una distinta mirada al mismo mundo.

La autora, que conoció personalmente a Polanyi en Oxford, manifiesta un discreto manejo de la bibliografía principal de este autor. Por otra parte, desconoce importantes estudios ya realizados sobre Polanyi (no cita ni un solo estudio de Jerry Gill sobre el tema, ni la clarificadora exposición de Ian Paul, por ejemplo). Es una lástima que no se haya aprovechado esta nueva edición de la obra para poner al día la bibliografía.

Con su estilo periodístico, esta obra contribuirá ciertamente a acercar el pensamiento de Polanyi a muchas personas. Dejará, sin embargo, insatisfecho a quien desee profundizar con seriedad y rigor en el pensamiento de este importante filósofo. Por último, debemos advertir que ya contamos con una buena introducción al pensamiento de Polanyi, escrita por R. Gelwick (New York 1977), que supera a la que comentamos en profundidad y rigor.

Francisco Conesa

Edith STEIN, *La mujer*, Editorial Palabra, Madrid 1998, 339 pp., 13 x 21 ISBN: 84-8239-226-3.

Entre los años 1928 y 1933, la conocida filósofa y carmelita judía, bea-

tificada en 1987 por Juan Pablo II, impartió unas conferencias sobre la mujer y «su papel según la naturaleza y la gracia». Ahora se recogen en este libro, versión actualizada y revisada del t. V de las Obras Completas de E. Stein, *Die Frau. Ihre Aufgabe nach Natur und Gnade*, Louvain-Freiburg 1959.

Los diversos capítulos del libro giran en torno a los grandes temas del trabajo de la mujer, la vida cristiana de la mujer, su educación y sus problemas; la tarea de la mujer como líder educativo, especialmente en el ámbito cristiano y en relación con la juventud. Las últimas páginas se dedican a la «misión de la universitaria católica».

La edición contiene una breve pero interesante introducción a la figura histórica, científica y religiosa de E. Stein, de la pluma de Jutta Burggraf, buena conocedora de la cuestión de la mujer en la cultura actual. Especialmente dignas de atención resultan sus consideraciones sobre la figura de mujer que se destaca en estos escritos.

Llama la atención el trasfondo de estos escritos: no habla la feminista atea de los primeros años, sino una filósofa cristiana que sabe traducir lo que son derechos inalienables de las personas-mujeres en términos de «responsabilidades» insoslayables que las mujeres deben asumir. Es la responsabilidad de la mujer ante Dios y el mundo lo que nos parece más interesante de su reflexión. Las mujeres no sólo «pueden», sino que deben entrar plenamente en la actividad del mundo, como tarea y misión, humana y cristiana; no se trata, pues, ni de privilegios ni de derechos primariamente, sino de responsabilidades. Es una lógica que, ciertamente, debería aparecer con mayor nitidez en los debates actuales, para abandonar